VI.

Segunda dificultad: la falta de estímulo.

Pero aquí nos detienen algunos para decirnos: "Esos estímulos que deseais para los sacerdotes "consagrados á la obra de las escuelas ¿acaso no "faltan?" "Desde la promulgación de la ley escolar, "en vano esperemos que se nos traze una regla de "conducta, que se nos den instrucciones precisas y, "si fuese necesario, órdenes terminantes. En las "altas regiones se calla; y la parte de responsabili-"dad que quisiéramos fuese asumida por otros más "fuertes que nosotros, cae enteramente sobre nues-"tras cabezas."

Los que parecen así esperar de la parte de los Obispos órdenes é instrucciones; se engañan á sí mismos, y solo pretenden inconscientemente disimular su falta de energía, bajo las apariencias de prudente reserva. Ya sea en mandamientos públicos, ya en conferencias privadas, todos los Obispos han manifestado su repulsión por la ley escolar. Y como no basta hablar, sino que es preciso obrar, todos han constituido en el centro de sus diócesis, y, por decirlo así, dentro de sus mismas habitaciones, juntas para defender la enseñanza católica. Se sabe, por otra parte que las *Semanas Religiosas*, cuando recomiendan sin cesar las obras de esas juntas, representan una autoridad mas alta que la de los simples sacerdotes, y son el eco de una aprobación oficial. Esto es bastante para quitar á nuestra inercia los disfraces con que pretende disimularse.

No esperemos, pues, que nuestros Obispos lo hagan *todo*, en esa batalla inmensa que envuelve á la capital y á las provincias; que se extiende desde la ciudad episcopal hasta las chozas mas apartadas. No esperemos que supriman por esa acción toda inciativa privada. Util es hacer esta observación: la Iglesia considerada en su conjunto, es la sociedad del mundo que deja más amplia parte á la iniciativa personal, sin dejar por esto de mantener entre sus miembros la mas severa y la más admirable gerarquía. El Obispo, con respecto al Papa, que lo coloca al frente de una diócesis, sin dejar de guardar para él la jurisdicción inmediata, inalienable y universal del Supremo Pastor, no está seguramente reducido al papel de autómata; y no espera que Roma le dicte sus pensamientos y sus menores actos. (1) Así mismo á la faz del Obispo que es el pastor de todas las parroquias, el cura para marcar mas su dependencia, no debe permaneeer mudo é inactivo. La sumisión en la Iglesia, no es la abyección de la antigua esclavitud, y para hacer obras útiles ante Dios no es absolutamente indispensable el no moverse sin recibir órden para ello.

---

(1) En su carta á los Arzobispos y Obispos de América, de fecha 10 de Diciembre de 1888, León XIII decía: "To-"do aquello que nos estimemos ser de nuestra apostólica "solicitud, Nos hemos tenido cuidado de comunicároslo.

"Mas si alguno de entre vosotros encuentra *en si mis-"mo, en su propio juicio y sentido* ó después de haberlo "consultado con sus hermanos, alguna cosa que Nos de-"bamos hacer aún, para la utilidad ó el alivio de aquellos "para quienes escribimos esto, sepa que Nos será agra-"dable, dirigiéndose á la Sagrada Congregación encarga-"da de la propagación de la Fé."

Cada vez que el sendero del deber esté suficientemente indicado, toca á cada uno comprenderlo valerosamente, sin perder de vista á los jefes por temor de desfallecer en el calor de la batalla.

La experiencia demuestra que la mayor parte de las grandes obras, en todos tiempos, han brotado de inspiraciones particulares.

El Espíritu Santo, que anima á la Iglesia, el día señalado en los decretos eternos, va y toca á una alma, entre las más humildes, entre aquellas que el mundo desdeña ó desconoce, para convertirla en obrera de salud.

Esta, por el contacto divino se transforma en un momento: su inteligencia se ilumina con celestes claridades, su voluntad se templa con indomable energía y encuentra en sí misma resortes que antes no sentía accionar sobre sí. En este estado el representarse claramente las necesidades mas urgentes de la Iglesia y el realizar los medios adecuados para aliviarlas, es el anhelo mas vivo de esa alma. Con la ayuda de Dios, y á pesar de los obstáculos de toda clase y de las resistencias más inesperadas se lleva á buen fin los proyectos piadosos, y bien pronto nna obra viva y fuerte vendrá á revelar una vez mas al mundo la inagotable fecundidad de la Iglesia.

En el pasado, *esa* alma, se llamó, por ejemplo: el bienaventurado de la Salle, y su obra: la "Institución de los "Hermanos de las Escuelas Cristianas." Pudiéramos buscar en nuestro siglo muchos hechos de la misma clase, aunque menos espléndidos quizá. Hace cuarenta años, cinco jóvenes estudiantes de derecho, entraban al Arzobispado de

Paris y solicitaron hablar con Monseñor de Quélen. Admitidos á su presencia, uno de ellos—era Federico Ozanam,—dijo en nombre de todos estas palabras: "Venimos, Monseñor, á suplicaros nos deis "un predicador. Os pedimos que abrais en Nuestra "Señora, Conferencias que se dirijan á nuestra ju- "ventud, y que sean hechas por nosotros." Esta solicitud, por si sola, fué el orígen de las Conferencias que desde aquella época han contiuuado celebrándose con tanto provecho y éxito en el eentro mismo de Paris. De este modo las almas generosas y santas, no pretenden sustraerse á la obediencia debida á los legítimos superiores; mas, en cambio tampoco esperan *órdenes* para hacer el bien.

En nuestros tiempos, es la *existencia* misma de la fé la que está en juego en las escuelas Nunca en país alguno, se presentó peligro mas grave ni mas inminente (1) y ¡esperariamos que se nos ordene pelear denodadamente! Tanto valdría confesar que se quiere hacer nada!

Conocemos un pretexto para la inacción mucho mas espacioso y que es útil descubrir. Algunos sacerdotes dicen: "En mi parroquia la situación es "particularmente difícil: he creído deber consultar "al Obispo y me ha aconsejado que espere. La "más elemental prudencia aconseja al soldado que "no avance, cuando sus jefes así lo juzgan conve- "niente."

[1] En Bélgica, la ley no imponía la obligación á los padres de enviar á sus hijos á las escuelas y permitía á los curas proporcionar la enseñanza religiosa en local de la escuela, todos los dias, y en caso necesario antes ó después de las horas de clase.

011401

Esta conclusión parece bien, preciso es confesarlo, y de todo punto irreprochable. No obstante, aquellos mismos que se apresuran á aprovecharse de ella, harían bien, según nos parece en meditar las siguientes observaciones.

La solución de un problema, depende necesariamente, de los datos que se consideran. Una respuesta por lo mismo que es tal, depende de la exposición de la pregunta. Esto supuesto, si álguien, cuando consulta con respecto á este asunto de las escuelas, llega, por medio de exageraciones ó de reticencias á tornar en imposible toda decisión contraria á la que secretamente desea, tendrá que hacerse responsable ante Dios de esta conducta. Un ejemplo aclarará nuestro pensamiento. Supongamos que dos curas colocados en situación análoga y por otra parte dificil, se dirijen al mismo tiempo á su Obispo para pedirle consejo. El uno, bajo el imperio del temor y del desaliento, no tiene mas que colores tristes y sombríos para pintar el estado en que se encuentre su parroqula. Al oirle tal parece que la fundación de una escuela libre, es la cosa más dificil del mundo, los recursos faltan completamente; la mayor parte de los feligreses manifiestan las menos benévolas disposiciones; y los hombres influyentes están en acecho, esperando una sola palabra del sacerdote, para comprometerlo á los ojos del gobierno.... Ante esas declaraciones de un testigo tan autorizado de cuya sinceridad no se quiere ni sospechar ¿qué podrá hacer el Obispo? A menos que Dios no se digne inspirarlo de un modo milagroso, tendrá que seguir las reglas de la prudencia humana y persuadido de

que existe una imposibilidad verdadera, contestará: "Esperemos."

Mas el otro cura, de ánimo menos pesimista, menos tentado por el demonio del desaliento, vendrá en seguida y se explicará en un lenguaje totalmente opuesto:

Si habla de dificultades se cuidará bien de sostener que es imposible intentar algo, en favor de la fundación de la escuela. Para este cura, la situación es tal que con un celo ardiente se puede afrontar; y que no quita toda esperanza. A este, el Obispo no dejará de alentarlo cuanto pueda y de darle sus bendiciones. Y ¿quién pudiera reprochar al prelado que había dado dos soluciones diferentes para dos casos idénticos en el fondo? La falta recaería sobre aquel que le había proporcionado datos inexactos y que avergonzado de su debilidad pretendió presentarle al público un cómplice de alta gerarquía.

VII.

Tercera dificultad: la falta de recursos.

Mas al lado de aquellos que solo tienen por consejero al temor, se encuentran otros acostumbrados á considerar las cosas con mas calma y energía, y solo dicen: "*Lo que hace imposible la fundación de "la escuela, es la falta de recursos.*"

Este grito de angustia lo hemos oído exhalar frecuentemente, con un acento conmovido que nos llegaba al corazón, por sacerdotes venerables, á los que el hábito de dar limosnas había hecho tan po-

bres como á los mismos pobres que socorrían. En Francia, nadie lo ignora, el clero apenas puede con sus mezquinos honorarios, subvenir á sus necesidades y, sin embargo no cesa de dar. Este es el milagro de la caridad, (del que se apresuran á aprovecharse aquellos mismos que tienen siempre para el clero los más groseros epítetos y el odio más viváz,] mas este milagro no puede ir tan lejos hasta llenar la caja de una escuela, cuyo mantenimiento exige cantidades considerables.

En ciertas parroquias rurales, casi todas las familias viven al dia, del fruto de sus labores. La penuria de los fieles, uniéndose á la de los sacerdotes constituye una situación verdaderamente dificil y la escuela libre no tiene esperanzas de verse allí establecida.

Pero aun en ese caso, y á pesar de todo no se debe desesperar.

Indicaremos aquí brevemente los diversos medios que se pueden emplear para proveerse de recursos. Sucederá sin duda alguna, que algunos de esos medios no darán siempre el resultado apetecido; mas si es cierto como se dice, que la necesidad es madre de la industria, el celo ingenioso de los sacerdotes sabrá suplirlos, con la ayuda de Dios.

Creemos, desde luego que es preciso *pedir* resueltamente, á todas las familias acomodadas que se conozcan, recordándolas respetuosamente la importancia de la obra y la obligación de dar limosna.

Hay una *santa audacia*, que Dios bendice. En un rincón apartado de tierra, cuyo nombre pudiéramos decir, el cura, después de haber hecho mu-

chas gestiones infructuosas, había hechado á volar algunas cartas que deberian llevar á lo lejos sus últimas esperanzas. Largos dias pasaron sin que llegara á aparecer la menor respuesta. Pero el angel de aquella parroquia velaba sobre ella. Al momento en que todo parecía perdido, un pliego sellado, arrugado por su largo viaje á través de la Francia, llegó inesperadamente á manos del cura, justificando por su contenido y con argumentos sin réplica, la confianza que aquel digno sacerdote ponía siempre en la Providencia!

La gratitud nos obliga aquí, de paso, á dar gracias á los directores del *Boletin de S. Francisco de Sales*, quienes con piadoso empeño, jamás dejan de hacer eco á las solicitudes numerosas y urgentes que les llegan de todas partes. La obra de la "*Propagación de la Fé en el interior*," dirijida por el Sr. Canónigo Gossin, sin tener exclusivamente por objeto la mantención de las Escuelas Católicas, ayuda á ello eficazmente; y deseariamos que se estableciera en todas las parroquias.

Mas antes de *buscar á lo lejos*, es preciso tender la mano entre los que están cerca. La mayor parte de las parroquias ofrecen recursos que una diligencia activa y empeñosa llegará al fin á descubrir y á utilizar.

En Bélgica, los jefes del movimiento de protesta contra la ley atea, tuvieron la feliz inspiración de fundar una obra especial. En los templos, en las casas particulares, en las hosterías, en las posadas, se vió aparecer de repente un pequeño cepo, flamante, con esta inscripción: "*Obra de las Escuelas.*" Los católicos, desde aquel momento no pudieron,

por decirlo asi, dar un paso sin encontrarse cara á cara con un *mudo* limosnero, que no cesaba de recordarles la intensidad de la lucha entablada y el grave deber de dar limosna. Al mismo tiempo, en todas las ceremonias religiosas, algunos cánticos compuestos por músicos de talento y cantados con fervor en asambleas de los fieles, contribuyeron poderosamente á inflamar todas las almas por la causa de la niñez.

Las palabras de uno de esos cánticos, el más popular tal vez, enérgico como el pueblo flamenco al cual estaba destinado, tenia un aire verdaderamente marcial que atestiguaba altamente la resolución de los padres de familias cristianas, de defender hasta la muerte las almas de sus hijos.

El resultado de esas innovaciones fué inmenso. Los pequeños cepos, mil veces llenos, proporcionaron rápidamente á las juntas, cantidades considerables, las que, unidas á las sumas importantes que daban las familias ricas, sirvieron para fundar en todos los puntos del territorio grandes escuelas. El pueblo belga quedó dividido en dos campos bien deslindados: los católicos pudieron contarse fácilmente y encontraron sus fuerzas. Desde ese dia la victoria quedó asegurada, y la caida, prevista, del ministerio liberal en las nuevas elecciones, vino á darle su definitiva sanción.

¿Veremos nosotros, alguna vez, en Francia, el espectáculo de esa victoria?

Era preciso, al dia siguiente de la declaración de guerra, consignada en el *Diario Oficial*, y esto sin perder un instante, apelar en cada Diócesis á todas las fuerzas vivas del partido católico y trabar

la pelea enérgicamente y en todos los puntos á la vez. [1] La expontaneidad de la reseistencia hubiera, sin duda alguna, desconcertado á nuestros adversarios y aumentado el número de nuestros defensores.

En realidad, nada se hizo que fuese bastante rápida y capáz de arrastrar á las masas. En nuestro propio campo, hubo consultas, en voz alta á la vista del enemigo, para decidir sino valía más contemporizar y hacer salidas oblícuas en lugar de resistir frente á frente. Entre los más decididos, cada uno parecia estar esperando que su vecino diera el toque de carga y sostuviese el primer choque. La ocasión, favorable para los movimientos en masa, que deciden frecuentemente el éxito de las batallas, se perdió asi y se perdió para siempre.

(1) Inmediatamente después de la promulgación de la ley, una liga católica entre las más valerosas poblaciones del norte de Francia. La fórmula de la afiliación era esta: —Católico por el bautismo y hasta mi muerte, me comprometo ante Dios: 1.° A no enviar jamás mis hijos á una *Escuela sin Dios*, es decir á una escuela en la que no se enseña los deberes para con Dios, sometiéndome en los casos excepcionales á juicio de las autoridades eclesiásticas; 2° A no prestar apoyo alguno á las *Escuelas sin Dios*; 3° A afrontar todas las persecuciones falsas destituciones, y violencias antes que faltar á este compromiso; 4° A desviar de las Escuelas sin Dios á toda persona ó familia sobre la cual se tenga alguna influencia y á hacer la guerra á esas escuelas por todos los medios legítimos "Con fecha 29 de Abril de 1882 la *Semana Religiosa* de Cambray, al anunciar ese movimiento de resistencia decía: "Ya unos trescientos ciudadanos de Lille, Rouhaix, Pourconig Armentiéres, se han adherido por escrito. Si son imitadas, la ley será rota"—Desgraciadamente, demasiado sabido es, que este ejemplo se perdió y que en multitud de diócesis, predominó por desgracia el partido de la inacción.

¡Ah! y cuan cierto es que las épocas del entusiasmo ardiente y santo, han pasado ya, y que está helada la tierra donde nacieron antes tantos bravos campeones!

No esperemos ya que la Bretaña y la Vendea se alzen en masa para defender la fé! La prudencia, que calcula todo y con todos, ha reempleazado en todas partes al ímpetu noble y fervoroso. Tenemos algunos hombres aptos para sostener los combates de la palabra; otros, que bien pronto desvanecerían la espada para rechazar al invasor en la frontera. Mas para luchar sin tregua ni descanso, sacrificando la fortuna y la tranquilidad para oponerse á las leyes sacrílegas, desafiar la prisión y las multas y convertirse en apostól de la escuela cristiana.... Esto no tienta mas que á los heróes.....y los heróes andan ahora muy escasos!

A pesar de todo....no perdamos la esperanza. Que cada cura, en su parroquia ponga manos á la obra y proponiéndose fundar ó sostener una escuela, no olvide el poner aquel pequeño cepo cuyas maravillas dejamos referidas arriba.

Otro medio eficáz, consiste en restablecer la retribución escolar, á pesar de las promesas de darlo todo gratuitamente de que el gobierno se sirve para atraer á las masas. Los padres comprenden bien que hay derecho de exigirles algunos sacrificios pecuniarios para que se puedan educar cristianamente sus hijos, y es un error el que abrigan varios sacerdotes creyendo que la escuela pagada no puede tener éxito. Las experiencias hechas á este respecto han sido decisivas.

Si se cree, sin embargo, que vale más atenerse

á las *contribuciones voluntarias* de las familias acomodadas no habrá quien se oponga á ello. Mas en tal caso, es indispensable que, sériamente, se trate de organizar el presupuesto de la caridad.

Sería de desear que los curas se pusiesen de acuerdo para pedir á los prelados que nombren de oficio, en cada parroquia un sacerdote, director de la "*Obra del Obolo para las escuelas.*" Este sacerdote llevaría una lista exacta de los personas que pudiesen cotizarse anualmente, ó cada mes, ó si se quiere cada semana, y se ocuparía activamente de hacer el cobro de las sumas suscritas. Hasta el día tan solo hemos contado con las gestiones de la Junta de Paris ó las de las juntas diocesanas: esto es demasiado insuficiente. Para dar su dinero, hay multitud de familias que esperan que se les vaya á pedir á sus casas. Es preciso tomar en cuenta esos hechos; y se puede afirmar sin temor de equivocarse, que si la obra de la propagación de la fé, ú otra análoga se limitase á lanzar invitaciones por la prensa ó por medio de sus Boletines trimestrales, tan solo obtendrían resultados muy insignificantes. Las suscripciones públicas son excelentes; pero no deben hacer que se olviden aquellas otras que se efectuan sin ruido, lejos de los despachos de los periódicos ó de las *semanas religiosas*, por iniciativa de los *diezmeros* de los campos. (1.)

Si supiésemos pedir, llegariamos en un pais como esta Francia, á reunir cantidades fabulosas. En una población total de treinta y ocho millones de

(1) Las abnegacianes admirables que se encuentran por todas partes merecen quedar asignadas en un registro especial. El mismo registro contendría, igualmente,

habitantes, nos parece que se puede creer que mas *de dos* millones, hombres y mujeres, consentirían facilmente, ya movidos por la piedad, ya por el amor á la libertad, en hacer un sacrificio pecuniario en favor de las escuelas cristianas. Sin fijar más que cinco francos, por cabeza, por término medio se obtendría la suma de diez millones exclusivamente destinados á la defensa de la enseñanza libre en nuestras treinta y siete mil comunas.

No son ciertamente exagerados estos cálculos: lo contrario. En un informe presentado el 18 de Abril de 1879 á la asamblea general de católicos, Mr. Paul Larras, Secretario general de la Sociedad para la educación, basándose en cómputos aproximativos, es cierto, pero muy estudiado anunció que había esperanzas de poder reunir mas de treinta y seis millones al año, y constituir por ese medio y de una manera sólida el presupuesto de las esculas libres. *Un franco*, poco mas ó menos, por habitante he ahí la parte de limosna calculada; y cerca de mil francos por comuna: he ahí los recursos de la defensa social y religiosa. Sólo él considera ese resultado, hace latir con entusiasmo el corazón! Empero, no lo olvidemos: jamás podemos pretender tal cosa, si desdeñamos ahondar y conquistar todas esas buenas voluntades desconocidas que solo esperan ver una mano abierta para dejar caer en ella su óbolo.

Por lo demás, no tenemos la pretensión de fijar aquí una regla absoluta y uniforme. Como quiera que los recursos del celo sacerdotal son numerosos,

los nombres de las personas que rehusaren positivamente coadyuvar á la fundación de las escuelas católicas. Es conveniente preparar de ese modo las vias á la justicia social del porvenir.

no dudamos que nuestros queridos hermanos, puedan después de un estudio atento de las circunstancias y del medio donde ejercen su ministerio, llegar por diferentes caminos, á obtener resultados satisfactorios. Las invenciones del celo están muy lejos de haberse agotado y queda abierto el campo para todas las iniciativas generosas. (1)

Pero recordemos—y este punto es muy importante—que para *obtener* mas fácilmente de los fieles debemos nosotros mismos dar el ejemplo del sacrificio. Ha llegado la hora de las privaciones, de las economías rigorosas. Un sacerdote que no sepa por ejemplo abstenerse de los viajes inútiles no puede menos que dar mala idea de su celo, y detener por eso mismo los impulsos de los que lo rodean: lo cual es una doble falta, mas lamentable en nuestras circunstancias.

Para terminar, nos queda que manifestar un deseo, y este lo sometemos, con el más profundo respeto, á los Illmos. Prelados á los que incumbe tomarlo en cuenta y decidir: En cierto número de diócesis las casas de educación, los centros de peregrinaciones dependientes exclusivamente de la autoridad eclesiástica, llegan tal vez á reunir al fin del año un excedente de dinero, mas ó menos considerable. Se trata de solicitar de la Santa Sede una autorización que permita entregar esos sobrantes á la

(1) Permítasenos señalar como ejemplo, un medio propuesto por un lector de la Semana Religiosa de Séez, con fecha 10 de Diciembre de 1882: "Se pide á los católicos "que hagan economías en el envío de tarjetas, sustituyen-"do con la tira de franqueo de 1 céntimo, al sobre con un "timbre ó sello de 5 céntimos."

caja de las escuelas. No hablaremos de otra autorización que dispense á los curas, de la obligación de celebrar la misa para sus feligreses, en ciertos dias bajo la condición de que los honorarios percibidos sean aplicados á determinadas obras. Nos parece que es facil obtenerla durante el tiempo de persecución en que nos hallamos.

VIII.

Cuarta dificultad: la falta de maestros católicos.

Mas con los recursos asegurados, aun queda otra dificultad que no podemos pasar en silencio porque alarma á los hombres de buen sentido, resueltos á marchar adelante por enmedio de esos dos extremos que se llaman el temor y la temeridad.

Una vez construida la escuela ¿encontraremos Hermanas y sobre todo Hermanos para enseñar en ellas? Tal es el problema que se nos ha propuesto á nosotros mismos mas de una vez; y este problema es grave á no dudarlo.

Cierto es, en efecto, que la construcción de edificios escolares, constituiría la más insensata de las empresas, si estos debieran permanecer vacíos y servir tan solo á poner de manifiesto ante nuestros adversarios satisfechos, una prueba de nuestra impotencia. Pero desde luego advirtamos que este tropiezo que es preciso evitar, no existe para las escuelas de las Hermanas. En Francia, la religión, muy frecuentemente desconocida y aun á veces audazmente despreciada por numerosos hombres y jóvenes, ha conservado todo su imperio sobre la otra parte de la población cuya misión social y su educación protegen contra los descarrios políticos y la lectura de los malos periódicos. Los liceos de Señoritas que actualmente se construyen, deben, es cierto, según la intención de nuestros modernos reformadores, modificar ese estado de cosas. Mas el fin que se busca no parece que alcance pronto su objeto, si se toma en cuenta el desprestigio merecido que brota de esas escuelas. Por mucho tiempo, todavía las congregaciones de mujeres que han arraigado por todas partes en nuestro territorio, provocarán las mayores simpatías y están seguras de poder proveer á la enseñanza.

En consecuencia, si fuere imposible en una parroquia cualquiera, el construir y mantener dos escuelas á la vez, opinamos que sería de preferencia tener la escuela de las Hermanas que la de los Hermanos. Las razones de este dictámen, todas basadas en la simple experiencia, no podrán lastimar á nadie, y podemos enunciarles sin temor alguno.

En el terreno de los hechos, la influencia de la escuela de niñas, bajo el punto de vista moral y religiosa, es mas considerable que el de otra cualquiera. La causa de esto se adivina: la influencia de la madre en el seno de la familia, es, ordinariamente, mas fecunda y mas decisiva para el porvenir de los hijos que la del padre.

El padre, en efecto, con pocas excepciones, abandona un poco la educación de los hijos, porque habitualmente sus ocupaciones lo retienen fuera del hogar. Aun cuando no fuese así, la conciencia de su incapacidad para desempeñar misión tan delicada, junta con las costumbres de esta época de indiferentismo, lo obligarían inevitablemente á exonerarse de ese cuidado.